

TSCHUDI, Johann Jakob von: *El Perú. Esbozos de viajes realizados entre 1838 y 1842.* Edición y traducción de Peter Kaulicke. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2003. XLIV, 452, (1) pp.; ilusts.

En la amplia y disímil literatura de viaje producida en el siglo XIX tienen lugar importante los científicos europeos, hombres algo aventureros que salieron de sus universidades en busca de más y mejores conocimientos sobre plantas y animales, sustancias minerales y la amplia pero aún no bien estudiada geografía del planeta. El Perú fue el destino escogido por algunos de esos "naturalistas", como se les llamaba con justificada razón. La notable obra de uno de ellos, *Peru. Reiseskissen aus den Jahren 1838-1842*, o sea *El Perú. Esbozos de viajes realizados entre 1838 y 1842*, del suizo Johann Jakob von Tschudi, en versión castellana de Peter Kaulicke, arqueólogo y profesor de la Pontificia Universidad Católica del Perú, es motivo de júbilo de la comunidad académica peruana y peruanista, pues se trata de uno de los más valiosos libros escritos por europeo visitante del país de los incas en el siglo XIX.

La obra, editada en la lengua alemana del autor en 1846 (reed. fac. 1963), se conoce en este país desde mediados del siglo XIX. No obstante la poca difusión del idioma de Goethe, recibió elogios de historiadores y otros estudiosos, como Raúl Porras Barrenechea en su fundamental *Fuentes históricas peruanas*. Estuardo Núñez, especialista y divulgador de los viajeros extranjeros en el Perú, y otros académicos contemporáneos, han destacado sus méritos, cuya traducción completa permitirá nuevas y más profundas valoraciones críticas. En 1966, el periodista y geógrafo Hermann Buse publicó una edición antológica de traducción bastante libre bajo el título *Testimonio del Perú 1838-1842* (Lima: Consejo Económico Consultivo Suiza-Perú, traducción por Elsa de Sagasti). A pesar de sus notorias limitaciones, fue un esfuerzo plausible porque gracias a él muchos leímos por primera vez al viajero y "naturalista" suizo que ahora se nos ofrece con toda su riqueza informativa y valor testimonial. Al fin se ha hecho realidad el deseo colectivo expresado por Jorge Basadre en su fundamental *Introducción a las bases documentales para la Historia de la República del Perú, con algunas reflexiones* (1971).

La presente edición es un resultado más del proyecto de la Pontificia Universidad Católica del Perú "Traducción y edición de las obras peruanistas de Johann Jakob von Tschudi (1818-1898)", el cual, con apoyo económico suizo, viene dando sazonados frutos (así, el

libro *Aportes y vigencia de Johann Jakob von Tschudi (1818-1889)*, Lima, PUCP [Fondo Editorial], 2001, ed. ilustrada de P. Kaulicke con arts. de P. Ramírez, R. Cerrón-Palomino, Ph. Béarez, él mismo y Tschudi: un anexo sobre topónimos en el Perú). Además del prólogo y de la introducción (inc. bibliografía) del editor-traductor Kaulicke, que merece especial respaldo para que prosiga su labor, el volumen ha sido enriquecido con un glosario (que ojalá hubiera sido más extenso) y unos índices onomástico y toponímico. Una tabla de materias habría facilitado la consulta de obra tan miscelánea.

Tschudi vivió entre 1818 y 1889. Siguió estudios científicos y médicos en las universidades de Zurich, Leyden y París. Pasó la juventud en una época de mucho entusiasmo ante los avances de las ciencias de la naturaleza. Llegó al Callao en agosto de 1838, apenas cumplidos los veinte años, comisionado para recolectar especies animales peruanas destinadas al Museo de Historia Natural de Neuchâtel, en Suiza, de los ricos comerciantes Paul y Louis Coulon. Después de cuatro años de viajes no libres de peligros y accidentes de salud, de numerosos estudios y observaciones, y de incesante labor de cazador-coleccionista, volvió a su patria con un cuantioso tesoro material valorizado en varios miles de francos, e inapreciable información científica que le permitió publicar varios libros y obtener fama y renombre en el mundo académico y oficial de Europa Central cuando aún era muy joven. Ciertamente, Tschudi hizo la América, no por cierto en la concurrida esfera de los negocios sino del conocimiento positivo y el acopio de especies zoológicas y objetos culturales codiciados por los museos europeos. Más tarde colaboró con el peruano Mariano Eduardo de Rivero en la redacción y publicación de *Antigüedades peruanas* (Viena, 1851), obra notable que abrió el Perú prehispánico al interés universalista del siglo XIX. En 1857, Tschudi volvió al Nuevo Mundo, visitando el Perú y otros países, e incluso regresó otra vez nombrado agente diplomático en el Brasil. Pasó la última parte de su vida consagrado a tareas diplomáticas y científicas, como la publicación de importantes obras sobre el idioma quechua.

La investigación de las ciencias naturales marcó la vida de Tschudi. En un siglo que tuvo redoblado interés por el estudio del planeta y sus diversas formas de vida, que presencié la marcha, a veces sin retorno, de no pocas expediciones a lugares nunca antes visitados por el hombre occidental, que se extasió ante el descubrimiento de maravillas y riquezas inimaginadas, y que dio lugar a obras de aliento sobre cuanto saber alcanzó cierto desarrollo, el trabajo de hombres como Tschudi no solo fue apreciado sino estimulado por el poder político, la sociedad, la academia, el periodismo y la opinión pública.

El resultado de todo ese magnífico esfuerzo, en el cual participaron europeos de diversos países (Francia, Alemania, Inglaterra, España, Italia, etc.) y algunos norteamericanos, fue la descomunal expansión del conocimiento universal. Gracias a ellos, al paciente trabajo que hicieron muy lejos de sus patrias y hogares, al detallado apunte de sus observaciones y análisis, a sus mediciones, cálculos, dibujos, planos, mapas, acuarelas, croquis y perspectivas, se pudo avanzar con pie firme y decisión en el estudio exhaustivo de la Tierra y sus secretos.

El Perú. Esbozos de viajes realizados entre 1838 y 1842 se publicó originalmente en dos volúmenes. El primero comprende trece capítulos que cubren el viaje marítimo, atravesando el Cabo de Hornos, desde Europa hasta Chile, algunas páginas dedicadas a este país, el trayecto hasta el Callao, que no deja de describir, Lima, a cuyos diversos componentes y facetas dedica cinco capítulos, el valle del Rímac y los pueblos vecinos, excursiones por la costa norte (hasta Chancay) y sur (hasta Ica), con algunas cortas entradas al interior serrano, y ciertas páginas sobre la reciente historia del Perú (los episodios de la Confederación Perú-Boliviana). El segundo volumen, en diez capítulos, contiene el relato de sus repetidas incursiones en la sierra, por dos vías distintas, hasta La Oroya y el mineral del Cerro de Pasco, y más allá, pasando por Tarma, hasta la selva alta de Vítoc (en el libro la “ceja de selva”, como solía decirse) en la actual provincia de Chanchamayo del departamento de Junín; al igual que el primero, incluye páginas de historia peruana y, cosa que la crisis del país alentó, de trágico pronóstico político-social felizmente fallido. Kaulicke ofrece un detenido panorama de temas y líneas discursivas en la meditada introducción al libro.

Pueden dar idea de la variedad de asuntos tratados los epígrafes del capítulo siete del primer volumen, uno de los dedicados a Lima: educación, nodrizas, escuelas primarias, colegios, universidades (sic), el otorgamiento de grados académicos, Santo Toribio, Santa Rosa, procesiones, oraciones, noche buena, inocentes, carnavales, paseos, baños públicos, hielo, equitación, montura, caballos, caballos de paso, cuidado, mulas, lotería, comida, bebidas, picanterías, cafeterías, mercado, puchero de flores y Terralla. Bien se ha dicho que Tschudi se ocupa de la totalidad del Perú, que lo ve como una sola realidad de múltiples y variados componentes. Su estilo no es ni pudo ser el de un escritor experimentado. Escribe sin pretensiones literarias, pero con claridad y exactitud. Es un descriptor profesional que mide siempre la frase tanto como las especies que recoge. De vez en cuando logra páginas notables, como las que dedica a los caballos de paso y al

toque de oración en Lima (que recuerdan las de su contemporáneo francés Max Radiguet). No le faltan episodios anecdóticos, como aquella vez que tuvo que refugiarse en una cueva de la puna e inadvertidamente servirse de un cadáver congelado como improvisada almohada, o cuando perdió parte de su valioso equipaje, instrumentos, apuntes y diario al caer el asno que los cargaba en un caudaloso río, arrastrado por una roca.

El Perú... es una mezcla de relato de viajero con observaciones y notas de un "naturalista" interesado en todo aquello que para sus ojos resulta extraño o de interés científico. Desde luego, no escapa, ni intenta hacerlo, al acusado eurocentrismo propio de su tiempo. El libro no está exactamente ordenado en sentido cronológico, pues, aunque contiene muchas páginas que dan cuenta de sus trayectorias, ellas no siguen un criterio temporal sino espacial y, adicionalmente, están acompañadas de innúmeras digresiones motivadas por el quehacer de un "naturalista". Sin duda, Tschudi les dio a sus apuntes —"esbozos de viajes" los llamó— la disposición más conforme a un plan de trabajo que consistió en dividirlos en dos grandes partes, dedicadas a la costa, la primera, y a la sierra y "ceja de selva", la segunda, cada una desarrollada en un volumen independiente.

Tschudi ofrece un retrato descarnado del Perú. No solo la sociedad compuesta de peruanos y extranjeros de todas las razas y condiciones, sino la naturaleza en su soberbia diversidad y riqueza, se perfilan en términos directos y claros, sin dudas ni vacilaciones. Admira, y a la vez sorprende, el pormenorizado trabajo. En un sentido positivo, el contenido enciclopédico, la descripción minuciosa y casi siempre rigurosa, la observación atenta y no pocas veces profunda, la abrumadora información que expone sin fatiga. Nada realmente importante se le escapa, dentro de los parámetros que se ha impuesto. Sin embargo, son puntos flacos la poca emoción que trasunta su espíritu, la frialdad de sus comentarios, el escaso sentimiento que ofrecen sus apuntes. No pocas veces da la impresión de ver la realidad social a través de cristales muy rigurosos y exigentes. Hace pensar que se hubiera impuesto la tarea de no conmoverse ante nada ni ante nadie, salvo la naturaleza casi inconmensurable y alguna que otra obra humana. Es por ello que se le extraña el calor de otros viajeros, alguna dosis de *empatía* y comunión con el país, al menos cierto grado de solidaridad con la sociedad que le sirve de materia de estudio y, a menudo, soporta su acerba crítica. En su obra, el país y el hombre peruanos desfilan ante el lector como en caleidoscópica procesión de rarezas físicas y sociales, asumiendo él el deber de revelarlos al mundo europeo en todo su exotismo, miseria y alguna grandeza no debida por cierto a

sus habitantes contemporáneos. Todo ello no enerva su alta dosis de honestidad juvenil, buenos sentimientos, afán por descubrir y revelar la verdad.

Quizá ayude a comprender las limitaciones de este libro testimonial el saber que su autor terminó sus estudios de ciencias y se doctoró en filosofía a los diecinueve años; que llegó al Perú a los tempranos veinte, siendo seguramente el más joven de todos los viajeros-científicos extranjeros; que este fue el primero de sus numerosos viajes, lo que importa decir que cuando lo realizó no tenía ninguna experiencia fuera del viejo mundo, ni había estado nunca en un país colonizado por españoles. Por otro lado, arribó en uno de los peores momentos de la historia del Perú, cuando era escenario de luchas civiles caudillistas, guerra con y al lado de los invasores bolivianos y chilenos, enemigos mortales estos últimos del mariscal Santa Cruz, anarquía y delincuencia desbordadas. El país, Lima y otras ciudades estaban en decadencia, aunque por ahí se veían no pocas señales del antiguo esplendor. La antes opulenta capital se ruralizaba día a día. Sin duda, el casi adolescente científico suizo vio un pueblo sin gobierno ni autoridad, nada más opuesto al sistema burgués del cual provenía (y entre paréntesis cabe decir que él era partidario de un "gobierno fuerte").

Hombre tenaz, Tschudi se propuso superar a sus predecesores Humboldt y Pöppig, que ya habían transitado científicamente por esta parte del mundo. Trabajó incansablemente reuniendo las colecciones que debían enriquecer el museo de sus patrocinadores y justificar su viaje, hizo apuntes y cálculos, se documentó todo lo posible (larga es la relación de los autores que cita, desde los cronistas de la Conquista). Quiso llevar adelante un ambicioso proyecto integral (referido por Kaulicke), y ciertamente lo logró en una parte del Perú: la costa, la sierra y la selva alta del centro del país.

Tschudi se desempeña mejor como "naturalista" profesional que como sociólogo aficionado. Son más exactos y objetivos sus apuntes referidos a las plantas y los animales, a la tierra y al paisaje, que a las personas, a los pueblos y a las costumbres. No está libre de las visiones estrechas aún vigentes en su tiempo, sobre todo de las concernientes a la raza y al mestizaje (a cuyos frutos, como buen "naturalista", llama híbridos). Sobre el pasado peruano, ayuda a difundir la leyenda negra antihispana y no percibe la importancia de las enfermedades en la despoblación andina. Incluso se resiste a creer que los antiguos indios conocieran la momificación artificial. Llama la atención que asuma la prejuiciosa creencia popular de que los niños criollos recibían los vicios o virtudes de los negros por tener amas de leche de

esa raza. También sorprende que no advierta la relación entre la corriente fría o de Humboldt y el clima de Lima. Mas esos y otros asertos y vacíos no son sino pequeños lunares, pues en general *El Perú. Esbozos de viajes realizados entre 1838 y 1842* brinda una sólida información que lo hace digno de respeto y consulta.

Oswaldo Holguín Callo
Pontificia Universidad Católica del Perú